

PRÓLOGO DE PAUL DAVID WASHER

DE PARTE DE DIOS

Y

DELANTE DE DIOS

UNA GUÍA DE
PREDICACIÓN EXPOSITIVA

SUGEL MICHELÉN

Muestra
Gratis

PRÓLOGO DE PAUL DAVID WASHER

DE PARTE DE DIOS

Y

DELANTE DE DIOS

UNA GUÍA DE
PREDICACIÓN EXPOSITIVA

SUGEL MICHELÉN



ESPAÑOL

NASHVILLE, TENNESSEE

De parte de Dios y delante de Dios: Una guía de predicación expositiva

Copyright © 2016 por Sugel Michelén

Todos los derechos reservados.

Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group

Nashville, TN 37234

Clasificación Decimal Dewey: 251

Clasifíquese: PREDICACIÓN / SERMONES / TEOLOGÍA PASTORAL

Tipografía: 2K/DENMARK

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni distribuida de manera alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos el fotocopiado, la grabación, y cualquier otro sistema de archivo y recuperación de datos, sin el consentimiento escrito del autor.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas se han tomado de la versión Reina-Valera Revisada 1960, © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas LBLA se tomaron de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso.

ISBN: 978-1-4336-9198-0

Impreso en EE.UU.

1 2 3 4 5 * 19 18 17 16

Contenido

| | |
|--|------------|
| Agradecimientos..... | 13 |
| Prólogo..... | 15 |
| Introducción..... | 21 |
| Primera parte: El ancla teológica..... | 25 |
| Capítulo 1: Dios ha hablado y actúa hablando..... | 27 |
| Capítulo 2: Dios habla hoy a través de Su Palabra escrita..... | 39 |
| Capítulo 3: Dios nos ordena predicar Su Palabra para hacer oír públicamente Su voz..... | 45 |
| Segunda parte: Naturaleza, forma y contenido del sermón expositivo..... | 61 |
| Capítulo 4: ¿Qué es un sermón expositivo?..... | 63 |
| Capítulo 5: ¿Qué es predicar?..... | 75 |
| Capítulo 6: Predicar bajo la dependencia del Espíritu Santo .. | 97 |
| Capítulo 7: Cristo, y Este crucificado: el centro de nuestra predicación..... | 111 |
| Tercera parte: La preparación de un sermón expositivo paso a paso..... | 131 |
| Capítulo 8: Escoge el pasaje..... | 133 |
| Capítulo 9: Estudia el pasaje..... | 149 |
| Capítulo 10: Estructura el sermón..... | 175 |
| Capítulo 11: Prepara el sermón..... | 191 |

DE PARTE DE DIOS

| | |
|---|-----|
| Capítulo 12: Aplica el sermón | 213 |
| Capítulo 13: Prepara la introducción y la conclusión. | 233 |
| Capítulo 14: Predica el sermón... de parte de Dios y delante de Dios | 243 |
| Capítulo 15: Dios en el banquillo | 267 |
| | |
| Epílogo | 283 |
| Libros recomendados | 285 |
| Citas bibliográficas | 291 |
| Bibliografía | 307 |

Dios ha hablado y actúa hablando

“El Dios que habla es el Dios que actúa a través de Su Palabra” (Peter Adam)

“La verdadera predicación comienza con esta confesión: predicamos porque Dios ha hablado” (Albert Mohler)

Hace unos meses una pareja de nuestra iglesia me relató algo que sucedió en la escuela con uno de sus hijos. La maestra preguntó en clase qué querían ser cuando fueran adultos, y el niño respondió de inmediato que quería ser pastor. “¿Por qué?”, le preguntó la maestra emocionada. “Para tener más tiempo libre”, le respondió. Si algún día este niño llegara a ser pastor, espero que lo motive otra cosa porque lo cierto es que los pastores no suelen tener mucho tiempo libre. Y uno de los aspectos que más carga pone sobre nosotros es la preparación para predicar la Palabra de Dios.

Predicar es una tarea que demanda mucho esfuerzo y que puede llegar a ser abrumadora. Dedicamos horas y horas al estudio de las Escrituras para entender el significado del texto bíblico, y pasamos unas cuantas horas más orando y pensando en la mejor manera de comunicarlo de una forma

DE PARTE DE DIOS

eficaz. Después de predicar en el día del Señor estás exhausto física y emocionalmente, tal vez un poco frustrado porque el sermón no salió como esperabas. Pero el lunes debes comenzar desde cero otra vez para el próximo domingo. La misma rutina semana tras semana, mes tras mes, año tras año.

Una definición popular de locura es que consiste en “hacer lo mismo una y otra vez esperando resultados diferentes”.¹ Predicar la Palabra fielmente durante años requiere tener un llamado del cielo o estar mal de la cabeza. Y con el paso del tiempo el trabajo no se hace más fácil porque tienes más conciencia de lo que significa esta labor a la que Dios te llamó. Pienso que John Chapman, el famoso expositor australiano, tenía mucha razón al afirmar que la etapa más difícil del ministerio de predicación ¡son los primeros 50 años!

Si a eso le agregas la hostilidad o indiferencia que muchos sienten hoy hacia la predicación, y la presión que tienen muchos pastores y líderes para que se adapten al espíritu de la época y busquen formas más novedosas de atraer a las personas a la iglesia, te darás cuenta de que mantenerte en tu posición haciendo lo que Dios quiere que hagas exige poseer fuertes convicciones enraizadas en una correcta teología sobre la predicación.

Como bien señala John Stott: “En un mundo que aparentemente no está dispuesto a escuchar o no es capaz de hacerlo, ¿cómo podemos estar persuadidos de continuar predicando, y aprender a hacerlo de forma efectiva? El secreto esencial no es dominar ciertas técnicas sino estar dominado por ciertas convicciones. En otras palabras, la teología es más importante que la metodología. [...] Las técnicas solo pueden convertirnos en oradores; si queremos ser predicadores, necesitamos teología”.²

Todo el tiempo surgen nuevas ideas sobre cómo atraer a las personas a la iglesia y mantenerlas allí. Tales ideas no se evalúan sobre la base de la verdad de Dios revelada en Su Palabra, sino en cuanto a

Dios ha hablado y actúa hablando

si producen el resultado deseado. Eso es pragmatismo. El conocido expositor bíblico y pastor de Grace Community Church en California, John MacArthur, señala el pragmatismo como una de las razones por las que la predicación “está siendo desechada o minimizada en favor de los medios novedosos, tales como el teatro, la danza, el humor, la variedad, la atracción histriónica, la psicología popular, y otras formas de entretenimiento. Los nuevos métodos supuestamente son más ‘efectivos’, es decir, atraen a un mayor público”.³ Cuando el principal criterio para medir el éxito de una iglesia son las cifras de asistencia, cualquier cosa que atraiga más gente es aceptada con los brazos abiertos. Si la herejía ha matado a sus miles, el pragmatismo ha matado a sus diez miles.

En los próximos tres capítulos examinaremos una especie de ancla teológica de tres ganchos que podrá mantener la embarcación de nuestro ministerio en su lugar cuando los vientos del pragmatismo, o cualquier otro vendaval, arremetan contra ella para movernos hacia otras playas que parecen más populares.

“La fuerza más poderosa del Universo”

¿Por qué insistir en seguir predicando la Palabra y esforzarnos por hacerlo cada vez mejor si el mundo no parece estar interesado en escuchar? Podríamos responder: “Porque Dios nos ordena hacerlo”. Esa es la respuesta correcta. Pablo le ordena a Timoteo, inspirado por el Espíritu Santo, que predique la Palabra (2 Tim. 4:2, LBLA). En el capítulo 3 trataremos ese tema más ampliamente. Pero todavía podemos insistir en preguntar: ¿por qué Dios nos ordena que prediquemos Su Palabra? Una de las mejores respuestas que he leído es la frase que encabeza esta sección: Porque la Palabra de Dios “es la fuerza más poderosa del Uni-

DE PARTE DE DIOS

verso” (traducido por el autor), como bien afirma Jonathan Leeman, el editor del ministerio 9Marks.⁴

Mira a tu alrededor todo aquello que no haya sido creado por manos humanas y verás una demostración de lo que Dios es capaz de hacer por medio de Su Palabra. Dios hizo todas las cosas que existen con el poder de Su Palabra. Él actúa hablando. “Y *dijo* Dios: Sea la luz; y fue la luz” (Gén. 1:3, énfasis agregado). Así de simple. Él habló y una cantidad ilimitada de seres y cosas vinieron a la existencia, desde estrellas gigantes hasta minúsculas partículas. Leí recientemente que en la selva tropical del Amazonas viven unos 20 millones de especies de insectos;⁵ ¡no de insectos individuales, sino de especies! Y toda esa variedad fue creada originalmente por la voz de Dios. “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos —dice el salmista en el Salmo 33:6— y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca”. Y en el gran capítulo de la fe del Nuevo Testamento, Hebreos 11, el escritor afirma que “por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” (Heb. 11:3; comp. Juan 1:1-3). El apóstol Pedro añade que los cielos y la tierra, que fueron formados por la Palabra de Dios, son preservados por esa misma Palabra (2 Ped. 3:6-7).

De esta manera, la Creación es una prueba contundente del inmenso poder que desata la Palabra de Dios cuando es pronunciada. Y no dejes de tomar en cuenta que el universo, así de grandioso como es, no es más que una pequeña muestra de lo que Él es capaz de hacer cuando habla. Después de describir algunos aspectos de la majestuosidad incomprensible de la Creación, Job declara que todas “estas cosas son sólo los bordes de sus caminos; ¡y cuán leve es el susurro que hemos oído de él! Pero el trueno de su poder, ¿quién lo puede comprender?” (Job 26:14). Si la Creación es el producto del susurro de Dios, ¿no podemos imaginar siquiera lo que se habría producido si hubiera tronado!

Dios ha hablado y actúa hablando

Dios se comunica con el hombre por medio de palabras

Aunque Dios se revela a través de Su Creación (Sal. 19:1-6; Rom. 1:18-21), Él no dejó a Adán y a Eva librados a su propio razonamiento para que trataran de interpretar lo creado, sino que decidió hablarles (Gén. 2:15-17; 3:8). Adán y Eva escuchaban la voz de Dios en el huerto del Edén y debían responder con adoración y en obediencia. Lamentablemente, no pasó mucho tiempo sin que otro intérprete de la realidad entrara en escena y fue entonces cuando nuestros primeros padres tomaron la decisión de desobedecer la voz de Dios. En ese momento Él pudo haber tomado la decisión de guardar silencio y dejar al hombre rebelde perdido en su condenación, pero no lo hizo. Desde el mismo momento en que Adán y Eva comieron de la fruta prohibida, Dios hizo oír Su voz una vez más en el huerto trayendo juicio sobre el pecado y prometiendo la bendición de Su gracia (Gén. 3:9-19).

Dios prometió a Adán y Eva, en Génesis 3:15, que les enviaría un Redentor, nacido de mujer, un ser humano que habría de herir mortalmente la cabeza de aquel que los había tentado a revelarse contra Él. Más adelante, en cumplimiento de esa promesa, Dios creó un pueblo; y, de nuevo, vemos a Dios actuar a través de Su Palabra.

Dios crea a Su pueblo por medio de Su Palabra

Dios llamó a Abraham a dejar su tierra y su parentela para hacer de él una gran nación a través de la cual serían bendecidas todas las familias de la tierra (Gén. 12:1-3). Ese llamado marcó el inicio de la nación de Israel en la historia. Unos años más tarde Dios hizo un pacto con Abraham prometiéndole una descendencia más numerosa que las estre-

DE PARTE DE DIOS

llas del cielo (Gén. 15:5). Abraham y Sara no podían tener hijos, pero Dios habló, y eso fue suficiente para hacer realidad el nacimiento del niño. Así el pueblo de Dios es creado por la Palabra de Dios. Él crea y recrea a través de Su Palabra. “Él, de su voluntad, nos hizo nacer —dice Santiago— por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas” (Sant. 1:18). Fue por medio de la semilla incorruptible de la Palabra de Dios que nacimos de nuevo (1 Ped. 1:22-23).

Pocos pasajes de las Escrituras muestran esta realidad de una forma tan memorable como el capítulo 37 del libro del profeta Ezequiel. Estando en el exilio babilónico, Dios le mostró en una visión la terrible condición espiritual en la que se encontraba la nación en ese momento de su historia.

La mano de Jehová vino sobre mí, y me llevó en el Espíritu de Jehová, y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos. Y me hizo pasar cerca de ellos por todo en derredor; y he aquí que eran muchísimos sobre la faz del campo, y por cierto secos en gran manera (Ezeq. 37:1-2).

Esta es una escena de total desolación. Es como un gran campo de batalla lleno de cadáveres, sin un solo sobreviviente que pudiera enterrar los cuerpos de sus camaradas.⁶ Si alguna vez viste las imágenes de las fosas comunes que se descubrieron en los campos de concentración de la II Guerra Mundial podrás tener una idea aproximada de lo que vio Ezequiel aquel día. Pero entonces Dios puso a prueba la fe del profeta. “Hijo de hombre, ¿vibrarán estos huesos?” (Ezeq. 37:3). Humanamente hablando, solo había una respuesta posible: “¡Por supuesto que no!”. No había esperanza alguna de que esos huesos volvieran a la vida para convertirse otra vez en el ejército de los escuadrones del Dios viviente. Pero Ezequiel conocía a Dios y lo que era capaz de hacer; así que le

Dios ha hablado y actúa hablando

respondió con toda humildad: “Señor Jehová, tú lo sabes” (Ezeq. 37:3). Era imposible que esos huesos volvieran a la vida, a menos que Dios interviniera con Su poder; y eso es precisamente lo que Dios decidió hacer.

“Me dijo entonces: Profetiza sobre estos huesos, y diles: Huesos secos, oíd palabra de Jehová” (Ezeq. 37:4). ¡Dios le ordena a Ezequiel que les predique a los huesos! Aunque estaban “secos en gran manera”, estos huesos escucharían la voz de Dios si Él decidía hablarles a través del profeta.

Así ha dicho Jehová el Señor a estos huesos: He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Y pondré tendones sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu, y viviréis; y sabréis que yo soy Jehová (Ezeq. 37:5-6).

El mandato de Dios parece una locura. ¡Qué sentido tiene predicar en un valle lleno de huesos! Pero Ezequiel obedeció y de inmediato entró en acción el poder vivificante de la Palabra de Dios:

Profeticé, pues, como me fue mandado; y hubo un ruido mientras yo profetizaba, y he aquí un temblor; y los huesos se juntaron cada hueso con su hueso. Y miré, y he aquí tendones sobre ellos, y la carne subió, y la piel cubrió por encima de ellos; pero no había en ellos espíritu. Y me dijo: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así ha dicho Jehová el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán. Y profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron, y estuvieron sobre sus pies; un ejército grande en extremo (Ezeq. 37:7-10).

DE PARTE DE DIOS

Ezequiel transmitió el mensaje de parte de Dios y los huesos comenzaron a moverse; se escuchó un ruido atronador en el valle mientras miles y miles de huesos se movilizaban en busca de su contraparte, hasta juntarse “cada hueso con su hueso”. Después subieron los tendones sobre ellos, y luego la carne y la piel. Pero siguieron siendo cadáveres, pues no tenían vida, hasta que Ezequiel profetizó de nuevo y clamó al Espíritu que viniera desde los cuatros vientos, para que soplara sobre ellos el aliento de vida, tal como ocurrió con el primer hombre en el huerto del Edén; “y entró espíritu en ellos, y vivieron, y estuvieron sobre sus pies; un ejército grande en extremo” (Ezeq. 37:10).

Este es probablemente el cuadro más dramático que encontramos en todas las Escrituras sobre la condición espiritual del hombre y el poder de la Palabra de Dios para volverlo a la vida. Tal vez Ezequiel se sentía desalentado al ver el poco impacto visible de su ministerio: meses y meses llamando al pueblo al arrepentimiento, sin ningún resultado aparente. Pero entonces recibió esta visión para renovar su confianza en el poder de la Palabra de Dios. Cuando Él habla, los muertos vuelven a la vida, como sucedió con Lázaro cuando Cristo le ordenó salir de su tumba (Juan 11:42-43). Dios crea a Su pueblo hablando.

Nuestra relación con Dios se fundamenta en que respondamos a Su Palabra con fe y obediencia

Ya vimos que Dios hablaba con Adán y Eva en el huerto del Edén y que el hombre debía responder en adoración y obediencia a la voz de Dios. La relación de intimidad que ellos tenían con Dios en el Jardín no se fundamentaba en ninguna cosa que ellos hubieran visto de Él, sino en el hecho de escuchar lo que Él decía. Ese fue precisamente el foco de ataque de Satanás, es decir, llevar a nuestros primeros padres

Dios ha hablado y actúa hablando

a desoír la voz de Dios y a desconfiar de Su Palabra: “¿Conque Dios os ha dicho...?”. Satanás sabía que esa relación dependía de que ellos siguieran escuchando y obedeciendo Su voz. Cuando nuestros primeros padres decidieron escuchar otra interpretación de la realidad, la que les ofreció la serpiente, quebrantaron la relación con Dios y se convirtieron en rebeldes y traidores.

En el resto de la historia bíblica veremos ese patrón una y otra vez. Dios habla y el hombre debe escuchar y obedecer. Eso fue lo que sucedió con Abraham en Génesis 12, como ya vimos, y lo mismo ocurrió con el pueblo de Israel cuando fue rescatado de la esclavitud en Egipto; ellos llegaron a ser pueblo de Dios cuando recibieron Su ley por manos de Moisés:

Aplicad vuestro corazón a todas las palabras que yo os testifico hoy, para que las mandéis a vuestros hijos, a fin de que cuiden de cumplir todas las palabras de esta ley. Porque no os es cosa vana; es vuestra vida, y por medio de esta ley haréis prolongar vuestros días sobre la tierra adonde vais, pasando el Jordán, para tomar posesión de ella (Deut. 32:46-47).

En uno de los sermones de Moisés registrados en el libro de Deuteronomio, se enfatiza el enorme privilegio que Dios les había concedido como nación al enviarles Su Palabra:

¿Ha oído pueblo alguno la voz de Dios, hablando de en medio del fuego, como tú la has oído, sin perecer? ¿O ha intentado Dios venir a tomar para sí una nación de en medio de otra nación, con pruebas, con señales, con milagros y con guerra, y mano poderosa y brazo extendido, y hechos aterradores como todo lo que hizo con vosotros Jehová vuestro Dios en

DE PARTE DE DIOS

Egipto ante tus ojos? A ti te fue mostrado, para que supieses que Jehová es Dios, y no hay otro fuera de él. Desde los cielos te hizo oír su voz, para enseñarte; y sobre la tierra te mostró su gran fuego, y has oído sus palabras de en medio del fuego (Deut. 4:33-36).

Moisés había guiado al pueblo a través del desierto durante 40 años y ahora se encontraban al otro lado del Jordán a punto de entrar en la tierra prometida. Como líder de la nación, cualquiera esperaría que los adiestrara militarmente para la empresa de conquista que tenían por delante. Pero lo que hizo Moisés, en cambio, fue recordarles que ellos eran la única nación del planeta que había escuchado la voz de Dios; eso era, sin duda, un gran privilegio, pero era también una gran responsabilidad. Dios se encargaría de darles la tierra por herencia, conforme a Su promesa; pero ellos debían responder con obediencia y fe a esa Palabra que habían recibido.

Ese es uno de los temas centrales del libro de Deuteronomio: “Dios ha hablado; deben escuchar y obedecer”. Este era un asunto de vital importancia porque la supervivencia de la nación dependía de escuchar y obedecer la voz de Dios.⁷ Y eso no ha cambiado en lo más mínimo. Si el Dios del universo ha hablado, Sus criaturas deben escuchar y obedecer; ese es el fundamento que sustenta nuestra relación con Él.

Esta realidad alcanza su punto álgido en la historia redentora en la encarnación de la Palabra de Dios, nuestro Señor Jesucristo. Como bien señala Graeme Goldsworthy: “La Palabra de Dios, por la cual todas las cosas fueron creadas, es la misma Palabra que establece un pacto con un pueblo redimido y que por último irrumpe en nuestro mundo como el Dios Hombre: Emmanuel”.⁸ En el capítulo 1 del evangelio de Juan, Jesús no solo es presentado como el Verbo de Dios que se hizo carne (Juan 1:1,14), sino también como Aquel que nos provee la más

Dios ha hablado y actúa hablando

completa revelación e interpretación de Dios: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18; el verbo griego que se traduce como “dar a conocer” es *exegéomai*, de donde deriva nuestra palabra *exégesis* en español).

Es solo por medio de esa Palabra encarnada que Dios puede llegar a ser conocido tal cual es, y es solo por medio de esa Palabra encarnada que podemos relacionarnos con Él (Juan 14:6; 1 Tim. 2:5). En estos postreros días Dios nos ha hablado por el Hijo, como dice el escritor de Hebreos (Heb. 1:1-2). Jesús provee, al mismo tiempo, revelación y mediación porque ambos conceptos se encuentran íntimamente relacionados entre sí; no puede haber una cosa sin la otra.

Porque Dios ha hablado, nosotros predicamos

La predicación existe porque Dios ha hablado y porque Él actúa a través de Su Palabra. Si fuéramos adoradores de un ídolo mudo, no tendríamos nada de qué hablar, o bien podríamos decir todo lo que nos viniera en ganas. Pero una vez que se adueña de nosotros la convicción de que Dios actúa hablando, no podemos hacer otra cosa que hablar nosotros también, pero solo para que Su voz pueda ser escuchada en la exposición de Su Palabra, como veremos más adelante. “Si el león ruge, ¿quién no temerá? Si habla Jehová el Señor, ¿quién no profetizará?” (Amós 3:8).

Como bien señalan Mark Dever, pastor de la Iglesia Bautista Capitol Hill en Washington, y Greg Gilbert, pastor de la Tercera Iglesia Bautista en Louisville: aunque muchos ven la predicación como una tiranía que despersonaliza y deshumaniza a los oyentes (un hombre habla mientras todos escuchan), el sermón es en realidad un símbolo tan preciso como poderoso “de nuestro estado espiritual y de la gracia de Dios. El hecho de que un hombre hable la Palabra de Dios mientras otros escuchan,

DE PARTE DE DIOS

es una representación de la bondadosa autorrevelación de Dios y de nuestra salvación como un regalo. Siempre que Dios habla con amor a los seres humanos es un acto de gracia. No lo merecemos ni contribuimos en nada a ello. El acto de predicar es un símbolo poderoso de esa realidad” (traducido por el autor).⁹

¿Deseas ver a Dios actuar salvando a los perdidos y edificando a los creyentes? Deja que Su voz sea escuchada a través de la predicación. Su Palabra es viva y eficaz; la nuestra no lo es. Es una locura tratar de hacer la obra de Dios a través de programas y actividades atractivos que sustituyan la predicación de la Palabra, y mucho más absurdo es tomar el tiempo de la predicación para compartir nuestras propias opiniones en vez de ser instrumentos para que el texto tenga voz y hable por sí mismo.

Es por medio de Su Palabra que los pecadores son regenerados, traídos a la fe y añadidos a la Iglesia (1 Cor. 1:21; Sant. 1:18; 1 Ped. 1:23); y es por medio de esa misma Palabra que los creyentes son santificados y llevados a la madurez (Juan 17:17; Hech. 20:32; Ef. 4:11 y ss.; 5:25-26; 1 Ped. 2:1-3). Recuerda que la Palabra de Dios es “la fuerza más poderosa del universo” (traducido por el autor).¹⁰ Si de verdad lo creemos, entonces dejaremos que sea Él quien hable y no nosotros. Y Dios sigue hablando hoy a través de Su Palabra escrita. Ese es el segundo gancho de nuestra ancla teológica que veremos en el próximo capítulo.